

En aquel aciago día de marzo, el sol llegó al ocaso a la hora acostumbrada. Sentado en la vieja silla de cuero, yo trataba de asimilar lo que estaba sucediendo, sin comprender todavía que la sangre vertida aquella mañana en el Senado nos iba a salpicar a todos nosotros.

-Han asesinado a César. Julio César ha muerto -había gritado el joven Membo, irrumpiendo en la estancia como un caballo desbocado.

Serían las once de la mañana. Porcia y yo leíamos a Hesíodo. Miramos a Membo creyendo que había perdido el juicio.

-Veintitrés. Veintitrés son las heridas -gritó el liberto.

-Se ha vuelto loco -dijo Porcia.

Pero tras él entraron algunos esclavos y también Epiduro, nuestro pedagogo griego.

-Han dado muerte a César.

-¡No es posible!

-Esta mañana, a la hora tercia... En el Senado.

Porcia palideció y me miró como un pájaro asustado. Algo me dijo que las Furias se habían desatado sobre Roma en aquel día 15 del tercer mes del invierno, los idus de marzo. Una media hora más tarde, y antes de que ninguno de nosotros hubiese reaccionado, un mensajero entró precipitadamente.

-Me envía vuestro tío Mario.

-Y bien...

-Vuestro tío dice que ni tú ni tu hermana salgáis de casa, joven Druso.

-¿Por qué?

-Roma está desquiciada. La revuelta estalla por todas partes. Los veteranos de las legiones de César claman venganza, y algunos ciudadanos ya persiguen a los asesinos... Correrá la sangre, joven Druso.

-Eso lo entiendo. Lo que no comprendo es la inquietud de mi tío: no voy a meterme debajo de ninguna lanza ni a mezclarme en ningún motín callejero.

El mensajero vaciló un instante, y enseguida agregó:

-Vuestro tío está preocupado por vuestra seguridad. Quiere que los criados atranquen las puertas, que no abráis a nadie y que os alejéis del atrio y de los patios. Él vendrá después y se ocupará de todo.

Porcia, que seguía atentamente la conversación, se adelantó y, antes de que yo pudiese decir nada, respondió:

-Decid a nuestro tío que seguiremos sus instrucciones.

Yo iba a protestar cuando sentí la presión de la mano de Porcia. El mensajero nos saludó con una breve inclinación de cabeza.

-¿Cuándo vendrá nuestro tío? -pregunté.

-A la tarde... Hacia la hora nona.

El mensajero abandonó la estancia.

Durante unos minutos permanecemos en silencio escuchando el ruido de la calle, que crecía por momentos. Luego, Porcia llamó a Eunice, su antigua nodriza.

-Di a los esclavos que cierren las puertas.

-¡Oh, por Isis! -sollozó Eunice-. La venganza de este día maldito caerá sobre nuestras cabezas.

-No digas tonterías -se impacientó mi hermana-, y vete a disponer las cosas.

-Druso -mi hermana habló de forma persuasoria, aunque yo percibí en su tono un cierto matiz de alarma-, haremos lo que dice tío Mario.

-No lo entiendo -protesté-. ¿Por qué no puedo salir? Ya tengo edad para cuidar de mí mismo. Además, media Roma está en las calles. Escucha, Porcia..., escucha el alboroto.

El ruido se había convertido en estrépito. Voces, gritos, carreras, galopar de caballos... En la calle había más animación que un día de circo, y yo, ¡maldita sea!, tenía que quedarme en casa.

-Voy a salir.

-No harás tal.

-Sí lo haré.

-Han matado a Julio César.

-Por eso mismo.

-Es un día aciago, Druso.

-Es un día histórico: en Roma no había sucedido nada así desde los tiempos de Sila, y yo quiero verlo.

Me ceñí el cíngulo sobre la toga y pedí un manto. Pero en el preciso momento en que cruzaba el corredor camino de la salida, unos fuertes golpes sacudieron la puerta del vestíbulo.

-¡Abrid! -gritaban desaforadamente-. ¡Abrid a las legiones!

Me detuve en el acto. Porcia ahogó un grito, Eunice se desplomó en el banco de piedra que había junto al portal, los esclavos me miraron.

¡Soldados! ¿Qué diablos buscaban en mi casa los veteranos del ejército?

Porcia, palidísima, nos pidió silencio por señas y, como movidos por un resorte, retrocedimos todos hacia las habitaciones interiores con el sigilo propio de los acosados.

Los soldados continuaron golpeando la puerta.

-Id por detrás -gritó alguien.

-Aquí no hay nadie -respondió otra voz. Habrán abandonado la casa.

-Una cosa es segura: Mario Dimitio no escapará.

Durante un tiempo los sentimos alrededor de la casa. Después se marcharon. Oímos cómo sus botas pisaban los adoquines y los cascos de los caballos retumbaban sobre las losas del pavimento.

El resto del día transcurrió sin incidentes, pero todos sentíamos que la cara oscura del peligro nos acechaba y el miedo crecía por momentos. Tío Mario no vino a la hora nona, y Porcia, como obedeciendo a un extraño presagio, ordenó a las esclavas que preparasen dos baúles de viaje.

-¿Para qué? -pregunté.

-No lo sé, pero tengo un presentimiento.

-¿Crees que tendremos que salir de Roma?

-Ojalá no sea más que eso.

Me encerré en el despacho de mi padre, que ahora utilizaba tío Mario, y me senté en la vieja silla de patas curvadas en forma de S que mi padre había traído de una de sus campañas en las fronteras del este. Ahora mi padre estaba muerto, en la silla se sentaba tío Mario y yo era un adolescente orgulloso que soñaba con un alto puesto en el Senado.